

Maricler Acosta Urquidí, ***Efectos de la comunicación masiva en el proceso de socialización política de los niños mexicanos***. Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. UNAM. México, 1970. (Mimeo), 90 pp.

Un estudio como el presente hacía falta en el medio mexicano, ayuno prácticamente de conocimientos comprobados sobre el proceso de socialización política. Es, asimismo, una contribución a la duda —más frecuente cada vez y que nace en el contexto de muy diversos sistemas educativos nacionales— sobre la capacidad de la escuela como agente socializador, en algunos de los aspectos antes aceptados con general optimismo. Las conclusiones del trabajo, por otro lado, sugieren prioridades a seguir en investigaciones futuras e inferencias interesantes sobre la educación política.

El trabajo tiene por objeto “descubrir y analizar los posibles efectos diferenciales que la exposición a los medios de comunicación de masa produce en el proceso de socialización política de los niños mexicanos. Interesa especialmente conocer la cantidad de información política que proporcionan a éstos” (p. 1).

El objetivo particular de la investigación está en el contexto de un estudio más amplio y en proceso de elaboración bajo los auspicios de El Colegio de México; la finalidad de este estudio es conocer el proceso por el cual los niños mexicanos desarrollan un sentimiento de apoyo hacia el sistema político, así como el tipo de cultura política en que son introducidos. La autora del trabajo que reseñamos utiliza datos parciales del cuestionario que se aplicó entre aproximadamente cuatro mil niños en seis entidades federativas del país; los grados de desarrollo y, por tanto, los medios de comunicación en las entidades estudiadas son diferentes; todos los niños, por otro lado, son alumnos distribuidos entre los grados de quinto de primaria y tercero de secundaria, en escuelas tanto públicas como privadas, con edades de diez a quince años, y en medios urbano y rural (en-

tendido éste como todas las comunidades fuera de las capitales de los estados). El cuestionario, que la autora de este trabajo reproduce, es altamente sugestivo, y la utilización de parte de los resultados de la encuesta hace esperar con sumo interés la publicación del estudio global que se elabora actualmente.

Como es sabido, una variedad de agentes interviene en el proceso de socialización política —la familia, el medio socioeconómico en que ésta vive, la situación urbana o rural, los sistemas de educación formal e informal. Por otro lado, la autora sugiere las fases del proceso —la identificación de aspectos del sistema político, *i. e.*, la información sobre objetos políticos; la conceptualización y la formación de una relación afectiva respecto a esos objetos, *i. e.*, la construcción de orientaciones valorativas y de pautas de comportamiento político; el inicio de la participación y acción políticas, en aceptación o rechazo del sistema.

El estudio se limita, como hemos indicado, a las posibles relaciones existentes entre un tipo de agente de socialización —los medios masivos de comunicación—, y el primer paso del proceso de socialización política —la información sobre objetos del sistema político—. Entre los medios de comunicación se han elegido la televisión, la prensa y, lo que podría sorprender, los libros; quizá, como indica la autora, estos últimos no puedan considerarse agentes socializadores en sentido estricto (p. 62), en cuanto que no proporcionan información política de manera directa en su mayoría. Entre los objetos del sistema político se escogen algunas instituciones gubernamentales, los partidos políticos, el personal político —Presidente, autoridades locales y federales—, personajes relevantes en la vida política nacional, y algunos aspectos de ésta, como el derecho femenino al sufragio y la edad mínima para emitirlo.

En los diferentes capítulos del trabajo se miden los efectos de la exposición a cada uno de los medios elegidos; se estudia el nivel de exposición que los niños

tienen de acuerdo con su situación total –nivel socioeconómico (indicado por la ocupación del padre), tipo de escuela a la que asisten y grado que estudian, hábito rural o urbano; las varianzas que indican diferentes coincidencias entre nivel de exposición e identificación de los objetos políticos propuestos–. Se clasifican dos tipos de prensa: la “nacional” –publicada en la capital del país, de tiro superior a los cien mil ejemplares, de distribución en la mayor parte de las entidades–, y la “local” –de publicación y distribución regional, y con tiraje menor de cien mil–. Se comparan los efectos de ambas con los que se identifican en el caso de la comunicación televisiva. Los libros, por otra parte, también se agrupan en categorías “literarios” y “funcionales” –y se determinan varianzas y coincidencias de acuerdo con los niveles de exposición y los tipos de lectura.

Los resultados del análisis son por demás interesantes. Desde luego, hay una correspondencia general entre mayor nivel de exposición y mejor información política; si los medios influyen causalmente en el mayor nivel de conocimientos, es otra cuestión. Con todo, y a manera de descripción muy incompleta, podemos mencionar algunos aspectos de los resultados. En el sistema político mexicano, como indica la autora, el Presidente de la República tiene una preponderancia casi absoluta y el poder se concentra en gran medida en manos del Ejecutivo; sorprende entonces encontrar que en el mejor de los casos, al nivel de máxima exposición a la prensa de ambos tipos y a la televisión, un promedio de 25% de los niños no saben que el cargo es de elección popular y más del 20% desconocen la duración del encargo; la proporción es mayor del 35% en el caso de casi nula exposición a los medios. Se puede inferir que, ya en el comienzo del proceso de socialización política, y en proporción considerable, existe muy poca idea de que el individuo pueda influir en el proceso político. Dada también la constitución del poder en México, las proporciones de desconocimiento son mayores respecto a otros puestos políticos; por ejemplo, un promedio del

60% de los niños no saben que el puesto que podría considerarse como de representación por excelencia, el de diputado, es un cargo de elección popular. Otro elemento de preponderancia principal en el sistema político es el Partido Revolucionario Institucional, instrumento político de los gobiernos posrevolucionarios y que ha gobernado sin interrupción –aunque con diferentes nombres– durante poco más de cuarenta años; un promedio de casi el 20% de los niños, cuyo nivel de exposición a los medios es alto, son incapaces de identificarlo como partido político; el promedio es superior al 30% en el caso de exposición casi nula. La identificación de otros partidos políticos es, naturalmente, mucho menor, excepto en el caso del principal partido opositor, Acción Nacional, que es reconocido por un promedio superior al 65% de los niños de alto nivel de exposición. Es revelador, por último, el hecho de que en promedio, a nivel de máxima exposición, apenas un 10% sepan cuántos partidos políticos están representados en la Cámara de Diputados del Congreso de la Unión y muy poco más de la mitad son los que conocen la edad mínima para ser elector.

Los libros, por otra parte, son comparables y en ocasiones superiores a la prensa “nacional” en cuanto se refiere a capacidad de identificación de objetos políticos. Parece ser ese tipo de prensa la que provee mayor cantidad de información política; los medios televisivos están a la altura de la prensa local, lo que no parece poder ser elogioso en el caso de México. Ya se ha indicado que los libros no proporcionan información política directamente. Pero sí hay una posible implicación educativa en el hecho de que en forma consistente y significativa son los lectores de ciertos tipos de libros quienes muestran índices superiores de capacidad e interés en el conocimiento de diversos aspectos de la vida política; destacan las categorías de “aventura” y “literatura”, sobre otras como “ciencia” y “religión”. Obviamente esta implicación se encuentra limitada fuertemente, como en el caso de los demás medios, por la coincidencia entre tipo de

libros, nivel de información, y pertenencia a un estrato socioeconómico superior en un medio urbano desarrollado.

Es este elemento que nos lleva a pensar que en el trabajo que examinamos puede haber el mismo problema que veja a los investigadores de las realidades sociales en general; la comprobación de una relación factual entre dos variables no quiere decir que exista una relación causal. Es claro, por ejemplo, que las diferencias son significativas en los niveles de información política de los niños que no están expuestos a la prensa y quienes leen la "nacional"; pero eso no significa que sea la lectura de la prensa lo que determine el nivel de información, como tampoco lo es cierto tipo de libros. Son estos elementos, en coincidencia con un nivel socioeconómico y el medio donde se vive. La autora, ciertamente, enfatiza la afirmación de la teoría de los medios de comunicación de que éstos se limitan a reforzar actitudes y orientaciones que se reciben en los grupos primarios, y de acuerdo con las cuales se selecciona la información; en ocasiones, sin embargo, parece haber una interpretación de los datos que concede demasiada importancia a los efectos, en términos causales, que los medios producen. Por otro lado, hubiera sido muy interesante que, en adición a los grupos de niños de nula exposición a los diferentes medios, se hubiera tenido otro grupo de control de niños que no asisten a la escuela; se tendría una base de comparación y de inferencia sobre la capacidad del sistema educativo como agente de socialización política.

A un nivel quizá más significativo parece haber en este trabajo una interpretación y aplicación del planteamiento teórico que podría ser discutible; es el paso del conocimiento de objetos del sistema político al apoyo de ese sistema —entendiendo por tal la estructuración de orientaciones y pautas, que pueden ser favorables o no a la estructuración de la realidad política—; creemos que tal progresión puede ser no del todo aceptable en general, y no fácilmente aplicable en el caso particular de la realidad política mexicana. Puede

hablarse, obviamente, de la construcción de un apoyo difuso del sistema; pero el resultado puede ser también una actitud de ambivalencia y dicotomía en un mismo sujeto del proceso de socialización, como lo afirman Almond y Verba en *The Civic Culture* para el caso de México. Por otro lado, no parece que en un sentido estricto los datos que se aducen en el análisis de niveles de información política provean base suficiente para una interpretación de actitudes. Si, por mencionar un aspecto parcial, se afirma que los niños perciben claramente la poca relevancia de la vida parlamentaria mexicana porque sólo una pequeña minoría de ellos conoce qué partidos tienen representantes en el Congreso, de acuerdo con el enfoque teórico se puede afirmar que hay una aceptación tácita o un apoyo latente del funcionamiento real del sistema político. La misma aplicación, sin embargo, es problemática en el caso de la identificación de los partidos políticos; el partido mayoritario es identificado, en el caso de máxima exposición, por poco más de un 80%, y tiene en su haber más del 99% de los puestos de elección popular, parte también del funcionamiento real del sistema; por otro lado, el principal partido de oposición es identificado por un promedio superior al 65%, y el funcionamiento real del sistema de manera alguna refleja ese nivel de reconocimiento; en menor proporción, algo similar podría aplicarse a otros partidos. En parte quizá por la proyección teórica y quizá también por la aceptación de truísmos acerca de la realidad política, no parece haber una opción clara respecto a la importancia real de los partidos y afloran pequeñas contradicciones (pp. 22 a 26). Esto sugiere el difícil problema de cómo medir la influencia y la importancia de diversos elementos en un sistema político, y la función que los medios de comunicación pueden desempeñar en la información y formación de actitudes políticas.

Otro punto que puede ser sujeto de posible discusión, es la apreciación que se hace sobre la coherencia de los medios con el proceso general de socializa-

ción política, en el que, como agentes socializadores, no representan solución de continuidad. Por una parte, posiblemente es difícil hablar de un proceso de socialización en una sociedad tan heterogénea como la mexicana; los datos mismos del análisis muestran grupos bien definidos que no sólo tienen niveles diferentes de información política sino también acceso muy desigual a fuentes que pueden proveerla; quizá sería más exacto hablar de una serie de procesos de socialización política, en los cuales la comunicación de los medios se percibe de acuerdo con diferentes tipos de selectividad y de actitudes preexistentes al mensaje. Por otra parte, no parece siquiera haber el uso consciente de los medios como instrumento que pudiera contribuir a la formación de un sentido más acusado de unidad o de identidad nacional, como sugiere Pye en la observación de algunos países en proceso de maduración política, o si lo hay, no parece ser apreciablemente efectivo; no hay un alto grado de coherencia si los medios son sólo un reflejo más o menos simplista de la organización del sistema político, que se percibe en diferentes niveles con actitudes muy diversas que la comunicación no parece tender a cambiar. Puede haber un grado de congruencia con los procesos de socialización si quiere entenderse por tal la repetición de ciertos valores reales que

tienen operatividad en la cultura política de partes apreciables de la población, y sobre los cuales sabemos relativamente poco. En ambos casos, reflejo o repetición, el análisis de la función de los medios en este trabajo parecería confirmar la baja autonomía de los subsistemas sociales y la cultura fragmentada que Almond y Powell sugieren en el caso del sistema político mexicano.

Estas observaciones de ninguna manera quieren sustraer a la apreciación que ya ofrecemos sobre la valiosa contribución que este trabajo representa; por el contrario, nos parece que de él surgen las posibilidades de investigar algunos aspectos que aquí se mencionan como caminos de probable interés para análisis futuros. Queda, ya sugeríamos, la necesidad de definir el modo, el grado y la orientación en que la familia y su situación, los medios de comunicación y los sistemas educativos, influyen comparativamente en el proceso de socialización política; igualmente, en qué sentido los sistemas de comunicación y educativos son un reflejo de las sociedades en que operan y qué posibilidades reales tienen en el proceso de cambio social. El trabajo de la señorita Acosta Urquidí es un muy promisorio comienzo.

Fernando Estrada Sámano
Centro de Estudios Educativos